

Enrique Valdivieso (1943-2025), historiador del arte.

El cartógrafo de la Escuela Sevillana: Adiós a Enrique Valdivieso.

Este año, tanto la Universidad de Sevilla como la Historia del Arte en general, han perdido a una de esas figuras cuya ausencia deja un vacío más grande del que era mensurable de antemano. El repentino fallecimiento del catedrático de la Universidad de Sevilla Enrique Valdivieso González (Valladolid, 1943- Sevilla, 2025), golpeó en febrero la Facultad de Geografía e Historia de la ciudad hispalense. Afortunadamente, este vacío se inunda de una inmensa cantidad de obras que no sólo han servido como brújula a las generaciones de alumnos que han disfrutado sus clases universitarias, sino que también se han convertido en algunos de los manuales de referencia de todo historiador del arte e incluso, lectura obligada para aquellas personas que tienen la fortuna de ser apasionados de la Escuela Sevillana.

Enrique Valdivieso nació en Valladolid, donde pasó, tanto sus años de niñez y juventud, como la primera etapa de su dilatada relación con la universidad, completada finalmente en Madrid. Orillas del Pisuerga y del Manzanares que vieron formarse a una de las grandes figuras de la historiografía española que, no obstante, no serían musas suficientes para él. Tuvo que recabar en 1976 en la ciudad de Sevilla para descubrir y hacernos descubrir aquellas maravillas que la ciudad albergaba. De esta manera, cumplió un tránsito casi de peregrinación en el que es difícil no establecer paralelismos con su obra de 2015: *Francisco de Herrera el Mozo, entre Sevilla y Madrid*.

Cientos de sus obras abarrotan archivos, bibliotecas y librerías, la gran mayoría de ellas dedicadas a su Sevilla adoptiva. Comenzando su camino por *La pintura en Valladolid en el Siglo XVII* (1971), retrata figuras como Juan Carreño de Miranda y su contribución a la grandeza de nuestro Siglo de Oro. Pronto, no obstante, fue centrando sus esfuerzos en perfilar y topografiar esa escuela tradicionalmente escondida a la que poco a poco cada vez se le va dando la importancia universal que no sólo posee, sino que también merece, la Escuela sevillana. Amplio fue su bagaje en este menester, con multitud de libros monográficos – a Juan de Roelas, Valdés Leal o Murillo – o perspectivas más generales dedicadas a la propia amplitud del tema, como la *Pintura sevillana del siglo XIX* (1981). Junto a ellos, catalogó infinidad de obras que adolecían del merecido reconocimiento en publicaciones como el *Catálogo de las pinturas de la Catedral de Sevilla* (1978), *Catálogo de las pinturas del Palacio Arzobispal de Sevilla* (1979) o *Murillo. Catálogo razonado de pinturas* (2013).

Sin duda alguna, su obra más trascendental ha sido *Pintura barroca sevillana* (2003), en el que perfila de manera más precisa aquello que ya había recalcado

en su obra anterior: *Historia de la pintura sevillana* (1986). Esta obra, conjuga muy bien el carácter divulgativo tan propio de su estilo, con un rigor científico alejado de interpretaciones vacías y teorías poco fundamentadas. Valdivieso en este libro fue capaz de aproximar el arte a su espectador aportándole a éste las herramientas necesarias para su disfrute consciente. Por supuesto, también sirvió como homenaje para aquellas figuras que tanto habían significado para él a lo largo de su trayectoria académica y sin duda, de su vida personal. Fue capaz de desgajar sus similitudes y particularidades y de otorgarles un lugar destacado dentro del panteón de los grandes artistas universales. Tal vez esta obra tuviera su culmen en una de sus últimas publicaciones, *Bodegones, floreros y trampantojos en la pintura barroca sevillana* (2022), donde el autor supo abordar aquellos temas mundanos que muchas veces pasan desapercibidos dentro de la obra de tan grandes artistas, reflejando así su interés por la belleza de lo cotidiano, sin grandes alardes, de la pintura por la pintura.

Fue profesor de verbo sobrio, sin florituras innecesarias. Sus clases eran casi una liturgia. Sus alumnos lo recordarán siempre con ese brillo en los ojos característico de una persona generosa, que ha dedicado su vida a compartir con los demás aquello en lo que ha sido referencia. Su ingreso con número en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras en 1996 no fue sólo de justicia, sino también premonitorio de aquello que tanto nos dio a todos los enamorados de la historia del arte. El gran intérprete de la pintura sevillana descansa ya. Quizás ahora pueda contemplar esa luz divina que tanto se esforzó en descifrar a través de los óleos de Valdés Leal y Murillo.

Adrián Noguer Manzano
Grupo de Investigación HUM-362
Universidad de Granada

Ramón Yzquierdo Perrín (1948-2025), historiador del arte.

Conocí al profesor Yzquierdo Perrín (Santiago de Compostela, A Coruña, 1948-2025) como alumna de la facultad de Geografía e Historia de la universidad compostelana. El primer año de la carrera en la que se habían escindido las tres ramas del conocimiento histórico: arte, geografía e historia, los dos planes de estudios convivían en unas saturadas aulas, por lo que los recién llegados de ese plan tuvimos todas nuestras clases en horario de tarde. Si el otoño gallego, con sus habituales lluvias de *orballo* y sus cielos macilentos ya tiende a la melancolía, recorrer los pasillos del antiguo claustro del colegio jesuítico con sus fuertes muros pétreos en una ciudad alejada de tu núcleo familiar acrecentaba esa sensación. Ese año el profesor Yzquierdo Perrín fue el encargado de iniciar a una generación de recién llegados en la historia del arte en Galicia. Con él conocimos el arte previo al omnipresente románico gallego, desde santa Comba de Bande a San Miguel de Celanova, supimos que además del Barroco de la fachada del Obradoiro, también existió un rico periodo intermedio que fue desde el siglo XIII al XVI con propuestas innovadoras que quedaron relegadas a un segundo plano, o se perdieron por las propuestas Barrocas posteriores. Pero, sobre todo, lo que recuerdo del profesor Yzquierdo era que te enseñaba a ver y diferenciar los cambios visuales, desde la arquitectura a la escultura. Algo fundamental para un historiador del arte, entender la obra como fuente y, por tanto, te iniciaba en eso tan dificultoso como es educar la mirada. No se es consciente de esta habilidad que se va fraguando con el paso de los años, hasta que después, echando la vista atrás, te das cuenta de cómo un profesor, un maestro, va forjando al alumno.

El profesor Yzquierdo Perrín era un hombre discreto, a pesar de las grandes aportaciones a la historia del arte, como fue su investigación sobre el Maestro Mateo y la catedral de Santiago. De 1990 es el libro del *Coro pétreo del Maestro Mateo* que firmó junto con el catedrático Ramón Otero Túñez (1925-2010). En él, además de identificar las piezas dispersas de este antiguo coro en diferentes localizaciones de la catedral y otros lugares fuera de Santiago, hacían una aproximación a la estructura del coro y cómo se fue alterando a lo largo de la historia. Una obra que fue fundamental para la recreación virtual que se hizo en 1999, y otra física que se puede visitar actualmente en el museo de la catedral compostelana. Su profundo conocimiento de uno de los arquitectos/escultores más relevantes de la historia del arte español como fue el Maestro Mateo, hicieron del profesor Yzquierdo el referente para cualquier estudio sobre la figura de este artista y sus aportaciones: El maestro Mateo y el *Pórtico de la Gloria en la catedral de Santiago* (2010); "La desaparecida fachada del Pórtico de la Gloria" (2012); El Maestro Mateo y el arte en Galicia (2015); o "Intervenciones en el *Pórtico de la Gloria*" (2023). Un conocimiento sobre el arte del románico y su irradiación a los centros periféricos más relevantes de Galicia: Ourense, Mondoñedo, Lugo y Tui, que dan como resultado una producción investigadora que sigue siendo referente para las generaciones futuras. [Sobre su amplia producción: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/autor?codigo=506313>].

Catedrático de universidad, su labor no sólo se quedó en la universidad compostelana, sino también en la Universidad de A Coruña donde terminó su periodo docente. Académico de número de la Real Academia Galega das Belas Artes y Académico correspondiente de la Real Academia de la Historia y de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Se ha ido un investigador sólido, un profesor generoso en sus conocimientos, y una de esas personas cuya autoridad no necesitaba imponerla. Su presencia lograba el silencio en sus clases y la atención de estar delante de alguien que sabía de lo que hablaba y que lo que enseñaba era difícil de aprender sólo en los libros. Su legado quedará no sólo en sus aportaciones sino también en las generaciones que ha formado dentro del arte medieval, haciendo que la universidad de Santiago de Compostela fuera, y siga siendo, un referente para el estudio de este periodo artístico. *Requiescat in Pacem.*

Ana Diéguez Rodríguez
Instituto Moll/ Universidad de Burgos